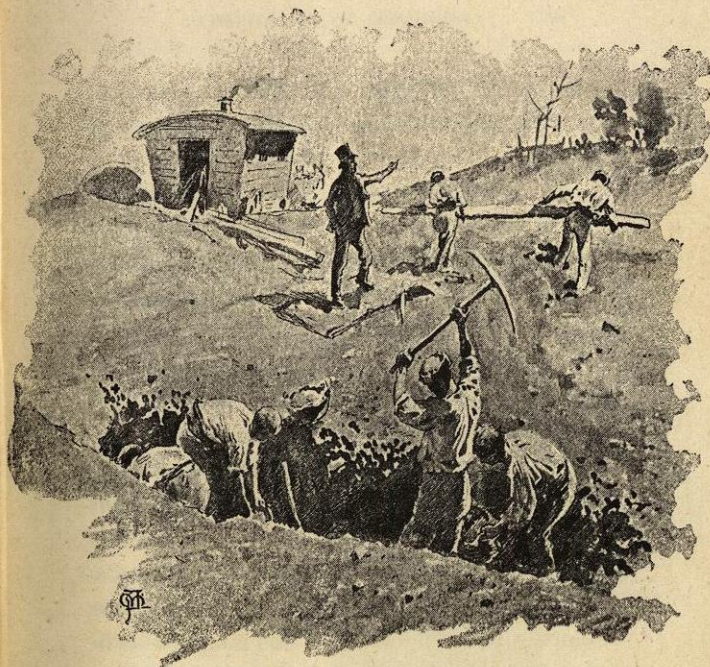


mirada, el malsano brillo del cutis, lo descarnado de la *facies* y garganta, la canallesca maceración de todo el asendereado organismo, narraban las miserias, los sufrimientos, las *juergas*, los resfriados, insolaciones y dolorosa lasitud de la mujer, así como un pasado de muchacha que á menudo suple la falta de pan con aguardiente.

Sobre el tablado de la farsa veíase á la *Aporreada* mascullando una florecilla y mortificando perennemente su talle por medio de coléricas tracciones, con el dorso de la mano montado sobre las caderas, cual si quisiese levantar y desencajar la cintura del torso; y luego, echándose atrás, con las manos extendidas, juntas y rígidas, retractados los dedos y vueltos los codos, quedábase inmóvil la titiritera, perdida la mirada en el espacio, entreabierta la bocaza, térreas las fosas nasales.



III

En el campo de la feria de la villita ó aldehuela cuyo señor alcalde autorizaba al director Tomás Bescapé para dar función, los hombres de la compañía limpiaban de hierba, apresuradamente, un vasto circuito, en torno del cual los arrancados terrones

hacían un baluarte de marchita verdura, y postes unidos por los ramales de los caballos señalaban el recinto de la pista.

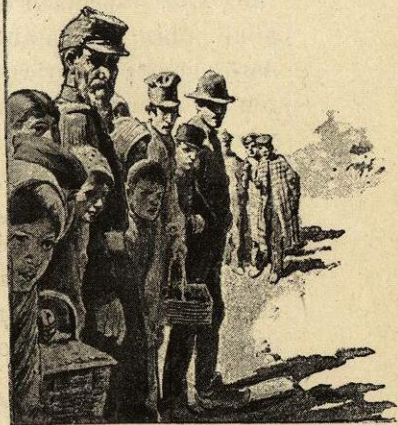
En mitad de esta tierra surcada y apenas igualada, erguíase alto mástil, y de él pendían, formando la techumbre del barracón, triángulos de tela verde unidos y anudados con cordel; un enrejado de arpillera, sujeto al ligero techo y que caía hasta el suelo, componía el muro circular del teatro. Aplicado al mástil, cuyo arranque se perdía en un montoncillo de la arena amarillenta necesaria para las luchas, un sistema de poleas subía y bajaba, al extremo de unas cuerdas, un cuadro de madera erizado de clavos enormes, cuyos dientes servían para morder de noche cinco ó seis lamparillas de petróleo: el industrial italiano les fabricaba hábilmente reflectores, con latas viejas de sardinas. De un lado del mástil partía, desde muy alto, un gran alambre que iba á parar en un poste elevado en la empalizada; al otro lado del mástil, casi apoyado en él, alzábase menudo trapecio oscilando en la barra transversal, situada como á ocho pies de altura.

Frente al ingreso campeaba el desdenta-

do organillo, música interior de semejante lugar, faltoso de un pedazo de vidrio y del trozo de estampa que se encuadraba en él. Esperaba allí el chicuelo contrata que generalmente manubrio con una tras con la otra llevaba á la boca la manzana verde, salario habitual de la orquesta del circo.

Bancos hechos de tablones toscos, rápidamente armados por un carpintero local, se escalonaban en gradería. Diferenciábanse los sitios de preferencia de los más ínfimos, en una tira del coco con que se hacen los pañuelos de los inválidos, puesta sobre los angostos tabloncillos muy estirada y sin cubrirlos enteramente: además los cerraba una valla, y sobre ésta lucían pegotes de un

organillo por un do á la puerta, daba vueltas al mano sola, mien-



30263

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"AIF (S) K-LES"

ando 1625 MONTERREY, MEXICO

papel dorado, que contenía en óvalos paisajes turcos pintados con pintura tornasol sobre fondo azul celeste. Por último, el tío Tomás extendía una tela vieja de zaraza, sacadade no sé dónde, cubierta de alto abajo por colas de pavo real, de tamaño natural; inmenso cortinaje que, cerrado, separaba á los espectadores de los bastidores al aire libre; é intentaba la dirección defenderlos contra la curiosidad de los que quieren ver de balde, juntando los dos vehículos y levantando una barricada de biombos.

Entonces el payaso pegaba á ambos lados de la puerta un cartel que servía para la temporada toda; anuncio embustero, donde el director ostentaba el arte á la vez popular y refinado de sus reclamos, de su literatura y hasta de sus conocimientos en lengua latina.

ANFITEATRO BESCAPÉ

La tienda de campaña, impermeable y construida á todo lujo, ofrece albergue tan seguro como un edificio de piedra.

El anfiteatro se iluminará de noche con un sistema de lámparas de petróleo, en que el gas luminoso se fabrica por sí mismo. PATENTE AMERICANA DE HOLLYDAY.

Los artistas de la compañía, todos de relevante mérito, han sido elegidos, sin reparar en gastos, en los mejores establecimientos de Europa.

Entre ellos figuran:

LA SEÑORA DOÑA ESTEFANÍA BESCAPÉ.

Curriculi regina.

LA SEÑORITA DOÑA HORTENSIA PATACLIN.

Silfide del alambre y joya del anfiteatro, cuya figura y actitudes son indescriptibles.

DON LUIS RABASTENS.

Atleta incomparable y único.

Dotado de la fuerza de Hércules, desafía al mundo entero, y desde su más tierna edad ignora lo que es ser derribado por nadie.

DON JUAN BESCAPÉ.

L'INTREPIDO, *senza rivale nel trapezo.*

El que en sus ejercicios hace adivinar el ideal de la belleza masculina.

DON AGAPITO COCHEGRU.

El que une á la agilidad y soltura de la columna vertebral un carácter alegre y chistoso, y cuyas ocurrencias, impresas en un tomito, serán distribuidas gratis á los espectadores de las localidades de primera.

DON TOMÁS BESCAPÉ.

El artista mimico de ambos mundos.

Conocido por sus pantomimas tituladas: QUITARSE UNA MUELA, LA BARBA DE GARGOTIN, EL SACO ENCANTADO, etc., que ha tenido el honor de representar delante de Su Alteza el Sultán y el Señor Presidente de la República de los Estados Unidos.

El público verá además á

LARIFLETA.

Esta joven perra de aguas, bisnieta del célebre perro MUNITO, y cuyas habilidades revelan una inteligencia superior á toda ponderación, acabará señalando la persona más enamorada de toda la concurrencia.

Las bromas son divertidas, graciosas y de buen tono, y hacen reir sin caer en la vulgaridad ni deslizarse á nada que no puedan presenciar las señoritas. El espectáculo terminará con la deliciosa pantomima

El saco encantado,

en que tomará parte todo el personal de la compañía.

Ya estaban clavadas las angostas escaleras que subían al tablado; ya Estefanilla se había sentado fuera, ante la mesita en cuyo cajón recaudaba el dinero, y ya entre el *bum, bum*, del bombo, la sonoridad del sacabuche, los puntapiés del director,

disparaba el payaso cubos de dichos extravagantes, y la *Aporreada* llamaba á la multitud, aturdida de tanto alboroto, con el zarandeo frenético de su cuerpo, el palmo-tear sonoro de sus manos, y el estridente *Entren, entren, señores, que se empieza la función.*

Fuera, el sol resplandecía; y bajo la tienda, donde el aletear de los sueltos cordeles producía contra el techo el rumorcillo de chapoteo que se nota en los barcos de vela, reinaba dulce oscuridad, una suave descoloración de rostros y objetos, frígida penumbra, sobre la cual, de trecho en trecho, un rayillo de luz filtrándose por alguna rendija más ancha, lanzaba polvoriento remolino de átomos de oro. Por cima de la tela gris, toda impregnada de claridad, que ceñía el anfiteatro, corrían, como siluetas de chinescas sombras, los perfiles de los transeuntes del exterior. En el centro del gran cortinaje con colas de pavo real, Estefanilla—cuyo pecho y vientre se modelaban en la cerrada tela, plegada sobre su cuerpo al vestirla con múltiples ojos de pluma—miraba hacia la pálida concurrencia, entornando malignamente sus largas pestañas.

La función iba á comenzar, y el Alcides, con la terrible nuca bañada de lleno por la claridad de la puerta, sacaba de debajo del banco que le servía de asiento, las pesas, moviéndose lo mismo que una persona muy dolorida.





IV

Gimoteando, refun-
fuñando y gruñendo,
suspendiendo á cada
rato sus ejercicios para
alentar, rascarse la
cabeza muy pensativo
ó mirarse conmovido
las muñecas y subirse
los manguitos de cue-
ro que las protegían,
el Hércules lanzaba al
aire su pesa de á 40,
sin entusiasmo. Aun cuando los ejercicios
que desempeñaba no parecían muy superio-
res á su fuerza, ni nada fatigosos para su
cuerpo, Rabastens, al mover y jugar la mon-

taña de su recia musculatura, semejaba un Alcides alicaído que trabaja por casualidad, que se rinde al cansancio é implora de cuantos le rodean que le animen y conforten. Apenas cesaba la música, dejaba caer con la pesa el extendido brazo, y hasta que el organillo volvía á sonar, no volvía el brazo á tenderse. Antes de principiar un ejercicio, la voz del Hércules suspiraba pueril y quejumbrosa: «Ea, señores, una palmadita.»

Si por casualidad le arrojaban un calzón desde el tablado, y resultaba una lucha— caso raro, pues la musculatura del formidable atleta intimidaba á las gentes,— el Hércules se adelantaba hacia su adversario con el aire más aburrido del mundo, como dispuesto á pagar dinero para que no le obligasen á moverse sin necesidad. Luego se daba prisa en forzarle á que hiciese *la rana*, mostrándose triste, abatido é inconsolable cuando alguna discusión le constreñía á *derribarlo* otra vez, enviándole á medir el suelo con los hombros de modo que todo el mundo lo viese. Libre ya del enemigo tendido en tierra, y sin siquiera mirarlo, iba muy caído de lomos y columpiando los bra-

zos, á sentarse en su banco de nuevo; y allí, descansando en las manos la cabeza y los codos en las rodillas, entornaba los ojos para soñar, durante el resto de la representación, en manjares gargantuescos.

Al Hércules seguía Juan, que se presentaba con el traje clásico del titiritero de provincia: elástico rosa vivo, aro de cobre á la cabeza, pectoral de terciopelo negro, y bordado en él á medio punto un feísimo pensamiento con sus hojas; calzón verde, sobrevesta que bajaba hasta las caderas, bordada como el pectoral y guarnecida de flecos de oro, y botina blanca con fimbria de plata. De un brinco alcanzaba el trapecio y columpiábase en el aire; sus manos, cortando el impulso de su cuerpo, soltaban de pronto la barra y la asian por el lado opuesto.

Giraba así con vertiginosa rapidez en torno del palo, y poco á poco se calmaba el giro, espirando en la dulce languidez de su cuerpo, el cual volteaba y permanecía algunos momentos suspendido horizontalmente en el espacio, con la flotación de un objeto sustentado por el agua.

Tales habilidades, ejecutadas con el es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1623 MONTERREY, MEXICO

fuerzo del brazo, ostentaban un cadencioso ritmo del trabajo muscular, una suavidad de empuje, una molicie en el desarrollo del movimiento y la elevación, análoga á la progresión insensible por los árboles del ani-



mal llamado *perezoso*, y que recordaba la ascensión á fuerza de puños, lenta, lenta, del inimitable James Ellis.

Apoyados los lomos en la barra, el gimnasta se dejaba escurrir hacia atrás insensiblemente, y — aterrando á la concurrencia por espacio de un segundo — caía, pero sujetándose de modo imprevistos con las corvas de sus reple-

gadas piernas, balanceábase así un ratito cabeza abajo, y se encontraba de pie en el suelo tras un salto mortal.

Con el trapecio, y al extremo del trampolín natural de los brazos, que desarrolla sobrehumanas elasticidades de músculos y nervios, Juan bordaba los mil ejercicios

en que el cuerpo del gimnasta parece adquirir algo de aéreo y revoloteador.

Colgábase por un brazo, y su cuerpo subía y bajaba en una de esas ascensiones que se devanan de medio lado, parecida á las que los artistas japoneses prestan á los miembros de los monos en sus originales suspensiones.

El trapecio causaba al mancebo una especie de embriaguez física; jamás pensaba haber trabajado lo preciso, ni suspendía sus ejercicios sino al grito reiterado de «¡Basta, basta!» que exhalaba la multitud, un tanto asustada de la creciente osadía del acróbata.

—Señores, vamos á continuar... por la continuación, decía sentenciosamente el payaso.

Sucedía á Juan la *Aporreada*. En un segundo llegaba la sílfide á la cima del gran poste, atravesado de trecho en trecho por peldaños de escalera, y al alambre; ahuecábase su faldellín, y sobre su cabeza se agitaba el movable balancín de sus brazos en figura de corona. Adelantábase, pisando de refilón, ya con éste, ya con aquel pie, ahuecados por la planta, palpando el vacío igual

que con la curva pala de un remo. Sobre el hilo elástico, que ya se doblaba, ya saltaba otra vez, caminaba haciendo altibajos, y, al parecer, á cada zancajada suya bajaba ó subía la altura de un escalón.

Agiles claridades rosadas corrían por las redondeces de sus pantorrillas, sin parar hasta el hueso del tobillo, á través del blanco enrejado de las galgas de sus zapatos, mientras sombras breves y movibles se detenían un punto en la hondura de sus corvas. Pronto regresaba al centro del alambre con rápida fuga de pies, uno tras otro, encorvándose, inclinándose, poniéndose en cuclillas sobre las encogidas piernas. Y entonces, dejándose caer hacia atrás, se tendía á lo largo sobre el invisible alambre, inmóvil y como dormida, la cabeza reclinada en el hombro, colgantes los cabellos y los pies posados el uno encima del otro, remedando el palpitante reposo de dos pájaros reunidos bajo un ala misma. Por algún tiempo, entre la esparcida cabellera y las telas flotantes, balanceábase negligente-mente en el espacio un cuerpo femenino, no sostenido al parecer, en nada. Y de pronto, por medio de una serie de sacu-

didias de las caderas, después de enderezar á medias dos ó tres veces su torso que recaía, la *Aporreada*, merced á un erguimiento súbito, se encontraba en pie, toda rumorosa por la agitación de las lentejuelas de su falda, casi bonita, á favor de la animación de su agil donosura y del placer de los aplausos.

—¡Señores, la última ejercicia! exclamaba el payaso.

Volvió á presentarse la *Aporreada*, trayendo una mesilla cubierta de platos, botellas, cuchillos y doradas bolas.

Y al punto comenzaban los objetos á voltear sobre la cabeza del prestidigitador, siguiéndose, alternando, cruzándose sin tropezarse, saliéndole por entrepiernas, tras de sus espaldas, para tornar siempre á sus diestras manos y escaparse de ellas otra vez. Ya se elevaban hacia el techo, separados y lentos



en subir, ya pasando y repasando, en círculo bajo y estrecho, no más arriba de la cabeza del equilibrista, parecían, por la velocidad y proximidad de su giro, el aro de una cadena cuyos anillos soldaban eslabones invisibles.

Juan recorría el circo jugando con tres botellas, y, sin detenerse, subíase á la mesa y se hincaba de rodillas, tocando con el vidric contra la madera, al lanzar las botellas nuevamente, una sonata báquica en extremo divertida. La última botella con que se quedaba la tumbaba, erguía y proyectaba en el aire con solo el juego de su biceps, y ella de suyo venía á ceñirle el cuello al dedo, á modo de sortija.

Tenía sobre todo Juan una manera encantadora, propiamente suya, de lanzarse y restituirse horizontalmente de una mano á otra, con los brazos extendidos, bolas de cobre, que ante su pecho producían la ilusión de una madeja de oro que estuviese devanando.

Era Juan un juglar de primera fuerza; poseían sus manos el tacto envolvente y acariciador, al cual diríase que se adhieren las superficies lisas; tacto que, al parecer, cria

ventosas en las puntas de los dedos. Era entretenido y sorprendente espectáculo ver al mancebo coger un plato, y bajo la nerviosa destreza de su inclinado cuerpo y sus sonrisas un tanto extrañas, de mago que sonríe á sus conjuros, notar cómo el plato, en su poder, cruzaba y volvía á cruzar el espacio, siempre próximo á estrellarse y sin caer jamás. ¡Llegaba al extremo de que el tal plato parecía desprendérsele de las manos por instantes, á modo de tapadera de caja que se abre, y cuando ya sólo tocaba á las yemas de los dedos, venía á adherirse otra vez á la palma, cual si le obligase á ello la acción de una bisagra invisible!

Al cabo, Juan vencía la dificultad de voltear tres objetos de peso distinto, una bola, una botella y un huevo, habilidad que terminaba con recibir el huevo en el culo de la botella.

Por fin y remate, mientras sus manos hacían voltear encendidas teas, y ensaladeras y globos danzaban al extremo de varillas sostenidas en su barba y pecho, entre los relámpagos de la porcelana y las llamadas de la resina, Juan parecía el eje y centro del movimiento giratorio de tantas má-

quinas *tornabolicheras*—según la arcaica y gráfica expresión de Renato Francisco, predicador del Rey.



V

Acababa la función con una escena cómica de dos ó tres personajes, desempeñada, ya por la *Aporreada*, ya por el payaso, ya por el Alcides, y compuesta y arreglada por el director, que se reservaba el papel principal y desplegaba más cantidad de imaginación de la que suele derrocharse en semejantes barracones. Invenciones burlescas, argumentos sin pies ni cabeza, entretenidos enredos donde se entreveraban los sonoros